

CULTURA E IDENTIDAD MIGRATORIA EN AMÉRICA LATINA

Pablo Casillas Herrera¹

INTRODUCCIÓN

La migración es un proceso complejo y dinámico, además de longevo. La migración de los mexicanos, específicamente hacia Estados Unidos, se ha caracterizado por su historicidad, vecindad y masividad. América Latina presenta algunas semejanzas al comportamiento mexicano y particularmente la distinguen del mismo, por eso es uno de los casos que la migración no es sólo movilidad de capital humano sino de cultura y de identidades. Por ello nos interesa dar cuenta de los cambios y continuidades hacia los Estados Unidos en los últimos tiempos. El presente trabajo constituye un esfuerzo por analizar el proceso de construcción identitaria e integración socio-cultural de la comunidad México-americana y la comunidad transfronteriza que cohabitan la frontera México-Estados Unidos, con la intención de identificar los mecanismos de integración a los procesos globales de producción, así como las consecuencias que éstos traen consigo en las dinámicas de poder que se observan en la región.

LAS IDENTIDADES NACIONALES FRENTE A LA GLOBALIZACION

El análisis de la cultura moderna la hemos situado en la génesis social del Estado, en la forma de dominación cultural como proyecto nacional, a través de la consolidación y constitución de los mecanismos del monopolio como centros de poder y unidades de dominación autónomas, son ahí donde hemos encontrado, el proceso de construcción de la cultura occidental, y con ella las identidades hegemónicas, en su dinámica y desarrollo de consolidación. Pero hemos observado que en este núcleo analítico, la constitución de los sujetos se da dialécticamente a la lógica del Estado; es decir, en los mecanismos sociales del poder, en las formas de dominación que requiere la consolidación del Estado

¹ **Dr. Pablo Casillas Herrera.** Profesor-Investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos (DEILA), de la Universidad de Guadalajara. Dr., en Ciencias Sociales con Especialidad en Relaciones de Poder y Cultura Política por la Universidad Autónoma Metropolitana, México. Presidente de la Red Continental de Pensamiento Latinoamericano. CE: pacahe_2000@yahoo.com y pablo.casillash@gmail.com

frente al Otro, frente a los dominados, en la alteridad y en la diferencia, es ahí donde se inicia el proceso de construcción de las identidades; en una diferencia subjetiva, donde el poder disciplinario, racional y central constituye la dominación y la negación de los Otros, de las culturas subalternas, dominadas y negadas. Aunque los sujetos de estas culturas subalternas mantienen viva su memoria –de experiencias cognitivas y del legado histórico como forma de pensamiento–, con capacidades potenciales transformativas, a través de su propia historicidad, que transforma y se transforma en y frente al Estado, en un conflicto permanente de sobre-vivencia; en semejante conflicto social, entre sujetos y Estado, se encuentra la dinámica de la hegemonía del poder como forma de identidad, como forma de ser. Es en este debate, en el análisis de los procesos culturales que hemos analizado la constitución de la identidad de los Estados-nación y de los sujetos sociales a través de sus formas simbólicas del discurso, en las visiones del mundo, en las formas de apropiación, de los sentidos de pertenencia, etcétera, en la dinámica de apropiación y dominación cultural, en la forma de un conflicto permanente.

Sin embargo, el proceso de dominación cultural de los Estados-nación no logró resolver sus contradicciones endémicas propias del sistema capitalista, en el que se manifiesta, se diversifica y se pluraliza en forma de "desniveles" "jerarquizados" y contrapuestos culturalmente al verse envuelto por un conjunto de conflictos sociales, cuya raíz última es la estructura de clase y la desigual distribución del *poder* que de ahí resulta en la competencia por una identidad cultural como forma de dominio. Se observa que en los procesos simbólicos así dinamizados los sujetos se hallaban en una lógica de distinciones, oposiciones y diferencias, cuyos efectos mayores han sido la permanencia de alteridades sociales. Se trataba de una consecuencia normal en el proceso de organización moderna del Estado-nación, cuyo hecho de significación o de sentido se basaba siempre en el valor diferencial de las identidades culturales. Por eso la cultura es también considerada como "diferencia" –y una de sus funciones básicas es la de clasificar, catalogar, categorizar, dominar, nombrar, distribuir y ordenar la realidad desde el punto de vista de pertenencia, de un “nosotros”, como cultura subalterna–, que se contrapone a "los otros", como cultura nacional. En efecto, "la identidad se define y se afirma en la diferencia", diferencia que se da en la alteridad, en una dialéctica negativa. Por ende, entre identidad y alteridad existe una relación de presuposición recíproca.

Es en este proceso contradictorio que la globalización neoliberal implicaba la transformación de las identidades nacionales por la formación de identidades globales.

Ello implicó no la superación de la contradicción entre identidades culturales nacionales e identidades culturales subalternas sino la negación de tal contradicción, y la constitución de un nuevo aparato de dominación que entra en contradicción ya no sólo con las identidades subalternas sino ahora también con las identidades nacionales. Ello se ha podido observar en la globalización de las industrias culturales que han puesto cuestión las políticas culturales, pero fundamentalmente las identidades-nacionales que le dan sentido y contenido a los Estados-nación, transformándolas en ciertas “identidades globales”, donde la “cultura global” se vaya construyendo en la cultura dominante.

De ahí se desprenden como problemas las estructuras del poder de la globalización neoliberal y de la subjetividad de los sujetos. Donde las políticas neoliberales han desempeñado un papel decisivo en el fortalecimiento de las tendencias de una globalización cultural de consumo. Tendencias que aparecen como inevitables, pero cuyo proyecto neoliberal está lejano al proyecto de control cultural del Estado-nación. Pues no obstante la recentralización y reterritorialización² de la economía y de la política, en una noción centrípeta y centrífuga, están lejos de constituir identidades culturales o identidades globales, pues el contexto de la interacción histórica no se corresponde con la étnica o con grupos sociales, ni con el territorio, la lengua, la religión o con la memoria colectiva.

En este sentido, he observado que el problema de la construcción de las identidades subalternas y nacionales durante la globalización estriba en que para su construcción ya no están situadas en la relación dialéctica de la negación de la identidad nacional sobre las subalternas, en donde la identidad nacional estaba concentrada en un mecanismo de poder como reproducción con el amparo del Estado a través de las políticas culturales que se aplicaban con las instituciones culturales del Estado. El estatuto de control de la producción y reproducción de la cultura nacional del Estado-nación parece que hoy se está transformando a través de las industrias culturales situadas en el mercado y en el que la identidad nacional y subalterna a los grupos étnicos y sociales se encuentran en una nueva coyuntura de negación de la identidad nacional y subalterna por una de orden neoliberal.

² Estos dos conceptos hacen referencia opuesta al discurso neoliberal que sostiene que la descentralización y la desterritorialización constituían mejores oportunidades de reproducción para el capital periférico en la globalización frente al capital central, que se había mostrado hegemónico durante el keynesianismo, pero que sin embargo, tal argucia no ha resultado veraz empíricamente, baste un análisis de la reestructuración de la economía mundial (CASILLAS, 2009)

En consecuencia se observa que más que enfrentar identidades culturales en la globalización –que en la teoría de la cultura no tiene una argumentación sólida como la identidad de la cultura nacional o la identidad subalterna–, se sugiere analizar la participación de los sujetos a partir de su propia cultura local y de los rasgos culturales que se van configurando en las estructuras sociales amplias o globales. Con ello se ha situado al sujeto en un análisis estructural donde comportan valores que bien pueden ser articulados entre culturas locales imbricadas en una dimensión global, donde se observen los nuevos espacios de una “intermediación cultural y sociopolítica”. Esos nuevos espacios de intermediación cultural y sociopolítica son articuladores de identidades locales-globales, en la globalización, a través de las formas de mediación (organismos transnacionales, consultoras, oficinas financieras y sistemas de vigilancia) que se dan en los circuitos internacionales. Pero que en ningún momento constituyen espacios de identidades a partir de sus rasgos históricos, de memoria, de sentidos de pertenencia local, de imaginarios, de expectativas y visiones de mundo, de prácticas culturales comunes, de costumbres y habitus comunales; es decir de cierta historicidad subjetiva. Se da, más bien, una expansión de esa globalización “imaginada”, que abarcaría a algunos países más que a otros, beneficiando a sectores migratorios de ciertos países (por ejemplo los que se encuentran en el triángulo de los tratados de libre comercio y de aquellos también ajenos al círculo centrípeto y centrífugo), y en la que a la mayoría le quedaría la identidad de la globalización imaginada.

El abordamiento de la cultura en su forma de poder nos permite realizar, con mayor solidez, el análisis de la globalización neoliberal en su forma de biopoder en casos concretos, opuesto a la forma de biopolítica, donde los sujetos construyen su visión de mundo en los procesos de la vida cotidiana a través de sus propias subjetividades como la construcción social de deseo, del encanto, del sentido de pertenencia, del habitus, del sentido del tiempo, etcétera, en el marco del conflicto, del control y del consenso que significa el enfrentamiento al modelo de globalización neoliberal. Ese es, hoy en día, el desafío de los nuevos sujetos sociales migrantes en América Latina, en el reconocimiento de su propia identidad cultural frente a la globalización neoliberal.

EL PROCESO IDENTITARIO MEXICOAMERICANO

Culturalmente hablando, la migración conforma un nuevo imaginario basado en una circulación transnacional de estilos de vida, costumbres y tradiciones, que permite un mayor conocimiento de sí mismo a través del Otro: el migrante se refleja en el Otro para construir una identidad propia que difiere de la establecida. Sin embargo, en este juego de espejos, muchas de estas identidades (contemporáneas, cosmopolitas y fronterizas) son “globalizantes” o neoliberales porque se construyen con base en la cultura del consumo que promueve la globalización de las economías y el libre tránsito de productos reciclables.

Hablar de identidades nos remite obligatoriamente a hablar de alteridades en las comunidades fronterizas; sin embargo, la alteridad no es sinónimo de diferencia, más bien implica verse a través de la mirada del Otro para entender y conciliar las diferencias existentes entre las identidades, expresadas en ámbitos diversos que pueden ser compatibles o incompatibles. En el caso de los mexicanos que migran a Estados Unidos, las compatibilidades se han establecido gracias a una funcionalidad social y en relación con un desarrollo personal —obtener un trabajo bien remunerado, mejores condiciones laborales, mejor calidad de vida, entre otros—, donde la alteridad limita su margen de acción, mas no su constitución como grupo minoritario.

En el proceso de integración del individuo a la comunidad se generan transformaciones psicológicas que favorecen la construcción de la identidad, las cuales se refieren principalmente a las “lealtades y adscripciones por las que los grupos sociales se identifican y son reconocidos”, como pueden ser la familia, el barrio, el ámbito laboral, la percepción de la calidad de vida a la que aspiran, entre muchas otras. En este sentido, “las identidades sólo existen en la medida en que se construyen diferenciaciones subjetivas con otros grupos o individuos, de las cuales se deriva la importancia de las otredades o alteridades como referentes para la identificación” (VALENZUELA: 1998, 32). Mientras que durante el proceso de reconfiguración de identidades culturales existe un límite entre la adscripción a su comunidad y la diferenciación con la comunidad dominante, delimitado por los elementos de influencia y subjetivos que intervienen en dicho proceso. Como son el idioma, los mitos, las tradiciones y aquellas “construcciones semánticas con las cuales el grupo establece los límites de adscripción” (VALENZUELA: 1998, 35).

En la frontera México-Estados Unidos ocurren ambos procesos (ya sea de integración y de construcción identitaria) que dan lugar a una cultura transnacional conformada por diferentes mecanismos sociales, políticos, económicos, artísticos e históricos. No obstante, estos procesos se deben estudiar por separado, pues los procesos de construcción social de los migrantes asentados en Estados Unidos son analíticamente diferentes que los procesos empleados por los migrantes que habitan el norte de México por diferentes razones de aproximación teórica que analizaré a continuación. Es importante definir el modelo transnacional para abordar la región fronteriza con base en las posturas teóricas que permean el uso y manejo de estos conceptos desde 1990. En este sentido, “lo transnacional se entiende como los múltiples lazos e interacciones que vinculan a personas o instituciones a través de fronteras entre espacio geográficos definidos y, en especial, a las fronteras entre estados- naciones” (OJEDA: 2009: 17).

Este proceso transnacional permite acelerar ciertos patrones ya existentes e incluso promover nuevas formas de interacción humana, como sucede con la comunidad México-americana. Por su parte, el proceso transfronterizo es el resultado de un movimiento transmigratorio que “corresponde a un fenómeno propio del espacio fronterizo que tiene relación con la vida cotidiana de los fronterizos de ambos lados de la línea y que, en mucho, responde a las condiciones asimétricas de poder económico, social y de gestión política internacional, así como a las diferencias culturales que hay entre México y Estados Unidos” (OJEDA: 2009, 12).

En este sentido, el presente trabajo consiste en un análisis comparativo multicultural entre la comunidad México-americana y la comunidad transfronteriza, con el objetivo de enfatizar la importancia y permanencia de las relaciones interculturales entre ambas comunidades, cuyo impacto beneficia económicamente a la zona (y a ambos países), pero suscita otro tipo de prácticas que promueven la permanencia de un discurso hegemónico monocultural en detrimento de los derechos individuales y colectivos.³

³ Utilizo el término multicultural, como lo hace León Olivé, para “designar un modelo de sociedad multicultural, democrática y justa, que aliente la interacción armoniosa y constructiva entre los pueblos y culturas de México y del mundo, con base en el derecho de cada uno a tomar decisiones por sí mismo acerca de su proyecto colectivo de desarrollo” (2006: 25). Desde esta perspectiva se pueden utilizar indistintamente los términos multiculturalismo e interculturalismo; sin embargo, es importante precisar que este análisis promueve relaciones interculturales entre las comunidades fronterizas, donde las relaciones sean “horizontales y sin pretensiones de dominación ni ejercicios de poder entre los pueblos”

Siguiendo esta perspectiva, observaré, primero, el proceso de conformación identitaria de los sujetos fronterizos (tanto de los México-americanos como de los transfronterizos) con el propósito de establecer las características socioculturales que han motivado el desarrollo y crecimiento exponencial de la región fronteriza; para luego abordar la antítesis e importancia de re-imaginar la frontera como un modelo de aproximación conceptual que motive las relaciones interculturales entre ambas comunidades.

EL ARCOIRIS DE LA MIGRACIÓN

La población de origen mexicano establecida en Estados Unidos se puede dividir en tres grupos principales: en primer lugar, los migrantes con ciudadanía estadounidense, o sea, aquellos que habitan en dicho territorio y tienen la doble nacionalidad (mexicana y americana) o sólo la norteamericana; en segundo término, los migrantes documentados, es decir, aquellos que llegan con visa para trabajar, con visa de turista y se quedan a trabajar, o que tienen un permiso temporal; y, por último, los migrantes indocumentados, todos aquellos que cruzan la frontera sin ningún tipo de permiso para trabajar o para vivir en Estados Unidos. Estos inmigrantes conforman de una u otra forma la comunidad mexicana (México-americana y/o chicana) asentada en Estados Unidos, algunos con más fortuna que otros, pero todos con las mismas necesidades de mejorar sus condiciones de vida.⁴ Los estados fronterizos de Estados Unidos con mayor población mexicana son California y Texas, seguidos por Arizona, Nuevo México, Florida, Nueva York, donde también están asentadas el resto de las comunidades “hispanas”, como la comunidad cubana, puertorriqueña, entre otras.

(2006: 24).

⁴ En este punto considero necesario establecer una diferencia entre los términos chicano y México-americano porque existen posturas encontradas cuando nos referimos a los hijos de migrantes mexicanos que viven en Estados Unidos. Para fines prácticos consideraré de aquí en adelante que el término chicano surge, aproximadamente, a partir de 1930-1940 para referirse a ciertas particularidades peyorativas del mexicano (frijolero, borracho, flojo) que va a trabajar a Estados Unidos como mano de obra barata; también se aplica para los hijos de mexicanos de primera y segunda generación que conformaron un movimiento político y de reivindicación sociocultural de sus orígenes étnicos a partir de los años sesenta, frente a una cultura homo- hegemónica. Mientras que el término México-americano denota un uso políticamente correcto para referirse a la ascendencia étnica de las comunidades mexicanas instalada en Estados Unidos (como sucede con otras comunidades “minoritarias”: afroamericanos, chino-americanos, entre otros). Asimismo, los hijos de migrantes de tercera generación empiezan a apropiarse del término México-americano, como Sandra Cisneros, quien escribe un cuento titulado “Mericanos” (El arroyo de la llorona y otros cuentos), que lleva implícita la evolución del término chicano.

Los Ángeles es la segunda ciudad con mayor concentración de personas de origen mexicano, después de la Ciudad de México, por lo que estudiar este comportamiento demográfico es particularmente significativo pues constata la conformación de comunidades que dejaron de ser periféricas para convertirse en céntricas, como sucede en el sur de Estados Unidos. En este sentido, analizar la configuración de la comunidad mexicana asentada en Estados Unidos requiere de aproximaciones teóricas que permitan entender su complejidad y diversidad. Valenzuela analiza tres procesos de construcción y reconstrucción de las identidades migratorias: la socialización, institucionalización y resocialización, la acción social y la construcción simbólica.

De estos tres procesos me interesa destacar aquí el tercero, debido a que mediante la construcción simbólica, la comunidad México-americana logra apropiarse de ciertos referentes culturales y lingüísticos a partir de los cuales es posible diferenciarlos como comunidad minoritaria con voz y voto dentro de la sociedad estadounidense. Sin embargo, es necesario referirnos a los dos anteriores para comprender cómo es que la comunidad México-americana logró consolidar el empoderamiento y la fuerza política con la que cuenta actualmente.⁵

El primer proceso consiste en la socialización, institucionalización y resocialización que se refiere a la forma en que se inserta el migrante mexicano a la sociedad estadounidense mediante la transformación del núcleo familiar, la constitución de grupos laborales, sindicales o sociales que permitieron preservar las costumbres —entre ellos el idioma— y proveer de seguridad —social, jurídica, cultural— a su gente.

Los procesos de transformación que experimentan las familias consisten básicamente en avergonzarse de su cultura; el dominio de idiomas diferentes entre hijos y padres —que hace disfuncional la comunicación—, así como el distanciamiento entre ellos, debido, en gran medida, al disímil ámbito de desarrollo de unos y otros. Dicha situación genera “conflictos derivados de los procesos de resocialización y configuración de un sentido

⁵ Un ejemplo del ascenso de la comunidad México-americana en los escalones políticos es el hecho que, después de más de ciento treinta años (la última vez que un mexicano estuvo al frente de la alcaldía fue en 1870), el 1 de julio de 2005 un latino vuelve a ganar la alcaldía de Los Ángeles: Antonio Villaraigosa, tras derrotar en la contienda a James Hahn. Este hecho ejemplifica el trabajo que han realizado los migrantes México-americanos dentro del territorio estadounidense.

cultural ordenador de la vida. Esto conlleva dificultades para la coincidencia en el proceso de redefinición de hábitos entre los miembros de la familia, dado que se involucran en roles y redes de sentido diferentes” (VALENZUELA; 1998, 264).

A través de los movimientos sociales se construye una realidad cuyo fundamento lo constituyen formas específicas de conflictos sociales. En el caso de los migrantes, el conflicto al que se enfrentan se relaciona con la reconstrucción de una identidad social, cultural y política, puesto que deben hacer valer su comportamiento de grupo (collective behavior) ante el otro. Es decir, con los movimientos sociales se constituyen identidades colectivas, proceso en el cual diferentes individuos confluyen en una experiencia aglutinándose en torno a un objetivo que los identifica como grupo y generando una solidaridad colectiva que se sobrepone a las distintas perspectivas individuales” (VALENZUELA: 1998, 191).⁶

Durante el proceso de socialización con la comunidad estadounidense, los migrantes mexicanos primero se enfrentan a un proceso de amnesia identitaria que consiste en renegar de sus orígenes; posteriormente de mimesis, donde acoplan los comportamientos de la sociedad industrial en la que cohabitan, y, finalmente, de aculturación con la sociedad dominante, donde armonizan elementos de ambas culturas para erigirse como una sociedad que difiere de la estadounidense y de la mexicana; una sociedad transnacional.

El segundo proceso de configuración y reconfiguración de identidades migrantes al que Valenzuela hace alusión se refiere al concepto de acción social, siguiendo la teoría crítica habermasiana, para afirmar que “las acciones son manifestaciones en las que se relacionan las personas a través del lenguaje por lo cual la acción comunicativa es definida como la interacción de por lo menos dos sujetos capaces de lenguaje y acción que entablan una relación personal” (VALENZUELA: 1998, 193). Esta acción comunicativa, sin embargo, tiene varias acepciones como el diálogo “cortado” que se establece entre ambas comunidades, provocado, principalmente, por las diferencias en

⁶ Una muestra clara de los movimientos sociales gestados en la zona fronteriza fue el Movimiento Estudiantil Chicano, constituido por académicos y activistas chicanos que se desarrollaron en las ciencias sociales, el arte, la política y la cultura, y cuya labor consistió en recuperar su historia y reconocer sus potencialidades como cultura y sociedad.

la cosmovisión de cada comunidad, y por la “separación”, como método de distinción, que utiliza la comunidad mexicana para contrarrestar el control de la cultura dominante. Este corte, o separación, se refiere a la resistencia de los migrantes para aceptar la lógica de dominación estadounidense.

Socialmente, los migrantes utilizan la técnica de corte-separación para orientar el proceso de negociación en el que se ven inmersos, y para poder tener voz y voto dentro de la sociedad estadounidense. De tal forma, el migrante entra en tensión y conflicto con los mecanismos de afiliación social (sindical y gremial) y reproduce ciertas conductas de la cultura dominante como sería el énfasis en la libertad individual de afiliación que le permite mayor participación en la acción política y mejor articulación de organizaciones sociales y sindicales, entre otros procesos de negociación, tal como menciona David Hollinger (HOLLINGER: 1995, 166).

El tercer factor de construcción identitaria al que alude Valenzuela se relaciona con la construcción simbólica de la identidad, es decir, a la recuperación histórica del origen del migrante, mediante “un doble proceso de apropiación del pasado: como olvido y como anamnesis”; donde el olvido es un mecanismo que sirve para anular o eludir determinados aspectos constitutivos de un grupo, mientras que la anamnesis “constituye una memoria colectiva novelada, selectiva de los referentes fundadores, que sirve a los grupos humanos para ampliar la comprensión de lo que se es” (VALENZUELA: 1998, 346).

Desde esta perspectiva antropológica, y axiológica, es plausible observar cómo la comunidad México-americana ha sabido potencializar su participación social, económica y artística en la frontera, y diferenciarse de otras comunidades de migrantes asentadas en Estados Unidos, como las chinas o coreanas, con quienes comparten los motivos para migrar (mejores condiciones de vida), incluso los mismos problemas de segregación racial, así como algunas tradiciones (la preservación del núcleo familiar). Sin embargo, el desarrollo de cada una de ellas ha seguido caminos diferentes (aunque existen algunas teorías que les han dado la misma interpretación a todos para preservar un discurso integracionista monocultural como la “integración lineal” o la “asimilación segmentada”), por lo que los resultados económicos son bastante dispares.

Consideremos que la importancia económica, política y cultural de la comunidad hispana, particularmente la México-americana, asentada en la frontera sur de Estados Unidos es enorme, por lo que su influencia en la región permite hablar de formas diferentes de establecer relaciones entre comunidades fronterizas y no fronterizas (como serían las otras comunidades migratorias) con la intención de preservar los vínculos con su comunidad de origen (en este caso la mexicana) y, sobre todo, con la intención de establecer relaciones equitativas entre los que ahí habitan; así como poder decidir autónomamente por el futuro de su comunidad, en conjunto con el proyecto de país.

LA INDUSTRIA LABORAL LABRA MULTICULTURAS IDENTITARIAS

La construcción identitaria de los sujetos que habitan la frontera, ya sean México-americanos o transfronterizos, es parte de un proceso gradual que se ha gestado, de manera intercultural, entre dos sociedades liminales, la estadounidense y la mexicana, que se confrontan a diario para hacerse presentes o para diferenciarse entre sí. Los sujetos transfronterizos se les ha definido como aquellos que tienen un origen determinado, aunque provengan de distintos estados de México; es decir, son sujetos que se han adecuado a la realidad de la globalización: se manejan bajo sus propios intereses y por la necesidad de sobrevivir, más que por el deseo de resistir o de ser aceptado por el otro. Los sujetos transfronterizos asimilan una o varias culturas ajenas y construyen una cultura propia que enfatiza un cambio en su identidad comunitaria, en los procesos productivos, en las relaciones sociales y en las expresiones artísticas.

La población del norte de México está conformada, en su mayoría, por campesinos y obreros del sur y del centro de la República Mexicana, principalmente de los estados de Oaxaca, Guerrero, Veracruz, Michoacán, Jalisco y Zacatecas, entre otros, que dejan sus tierras para buscar mejores oportunidades de desarrollo en diferentes partes del país, como el Distrito Federal y, sobre todo, en Estados Unidos. No obstante, al no poder cruzar la frontera, se establecen en las ciudades fronterizas. También existe un tipo de migración eventual que consiste en la contratación y traslado de obreros temporales desde su lugar de origen, por parte de las maquiladoras asentadas en ciudades como Tijuana, Matamoros o Juárez. Obviamente, al término del contrato temporal muchos de estos obreros se quedan en la frontera, donde muy fácilmente encuentran otro trabajo temporal, ya sea en la pesca, (recolectando frutas y verduras en el campo) o en la

manufactura y, en su defecto, en algún bar o restaurante.

Los habitantes de la frontera norte de México son sujetos liminales que están “lejos del centro y cerca de la frontera”.⁷ Los sujetos transfronterizos viven en la periferia y se enfrentan diariamente a la diferencia y a la otredad. Son sujetos que interactúan entre dos países: en uno viven, mientras que en el otro trabajan o estudian; transitan “libremente” entre comunidades que comparten una frontera, y logran trascender más allá de ésta. Son sujetos que transgreden el límite y lo convierten en espacio de actuación desde el que construyen una identidad periférica, pues la frontera “es un espectáculo, una actuación que se ha perfeccionado durante décadas de maduración de las hostilidades” (SENGUPA: 2004, 15).

La cultura de la frontera norte de México paradójicamente se distancia de la estadounidense para defender su periferia, al tiempo que busca su respaldo para conformar un mundo disímil a través del constante flujo de personas e información. En este sentido, el mundo liminal está cargado de imágenes infinitas pero de frágil existencia, que enfatizan la ruptura que existe en la concepción monolítica del hogar, la ciudad y el mundo, pues “de cada expresión de la frontera y la no-frontera emerge una serie de interpretaciones y producciones culturales que, a su vez, generan nuevos nodos de los cuales parten nuevos imaginarios e historias que se revelarán con el tiempo” (CRUZ: 2004, 27).

Una clara distinción entre los sujetos México-americanos y los sujetos transfronterizos es que los segundos no se constituyen a partir de la yuxtaposición de dos culturas diferentes, como sería el caso de los México-americanos, sino que tienen un origen determinado, aunque provengan de distintos estados del país. En este sentido, son sujetos que se han adecuado a la realidad de la globalización: se manejan bajo sus propios intereses y por la necesidad de sobrevivir, más que por el deseo de resistir o de ser aceptado por el otro, puede ser considerado el hegemónico, el residente estadounidense, en franca condición política y económica.

⁷ Según el Diccionario de/para los comuneros digitales, de la Raqs Media Collective, liminal significa: Intersticial, vestibular y periférico. Lejos del centro y cerca de la frontera. Una zona situada entre grandes estructuras que, a su vez, carece de ellas [...]. “Ser liminal es estar cerca — y al mismo tiempo fuera— del lugar en el que están las fronteras de cualquier sistema estable de signos, donde el significado se va deshilachando a fuerza de los tanteos de sus márgenes” (SENGUPTA, 2004: 13).

Los sujetos transfronterizos juegan con las fronteras, las desestabilizan y rompen con lo instituido, lo cual se aprecia en la conformación urbana de los estados fronterizos y en su dinámica cotidiana, regida, en la mayoría de los casos, por la industria maquiladora y de servicios, pues el auge de estos sectores ha coadyuvado e impulsado la reconfiguración de la sociedad fronteriza. Este proceso de reconfiguración social se hace evidente en dos aspectos: el de la (sub)cultura del ensamble y la participación social de la mujer, provocada por la maquila, donde la mujer deja de ser solo la encargada de preservar la educación y el bienestar de los hijos, para convertirse en un sujeto económicamente activo que se encarga de mantener la estabilidad económica de la zona fronteriza.⁸

La subcultura del ensamble se ha instituido gracias a la apropiación y al rechazo de símbolos, elementos subjetivos de la configuración identitaria, cuyos significantes juegan con la nacionalidad, la tradición y el lenguaje de los diferentes sujetos transfronterizos. Dicho “intercambio simbólico de valores” es consecuencia de una “economía nómada” que deriva “de la implementación de estrategias de sobrevivencia surgidas de una economía informal” (ARRIOLA: 2004, 37). También es una práctica ilegal que promueve prácticas inequitativas y violentas de producción, promovidas por diferentes factores: la dependencia económica que existe entre ambos países; el constante intercambio de productos (elementos objetivos) y de valores (elementos subjetivos) que emanan de la mercadotecnia y los medios de comunicación; así como por la falta de políticas públicas y de un estado de derecho que norme las relaciones laborales y mercantiles en los estados fronterizos.

La economía nómada fronteriza se funda gracias a “la doble moral estadounidense” que ha permitido el intercambio de productos y servicios ilegales entre México y Estados

⁸ El término subcultura puede tener diversas aristas, pero no es sinónimo de contracultura, por lo menos no en este caso. Acuño dicho término de la interpretación del análisis que Fonet- Betancurt elabora de la historia de la cultura según lo cual ésta se debe reconstruir no sólo de la historia cultural, sino también de la historia social, “es decir, de los conflictos para definir el rumbo de la cultura”. De tal suerte, Fonet afirma que “las culturas son pluritradicionales, que no hay una cultura con una tradición, o mejor dicho que hay muchas tradiciones en una cultura”, por lo que “la lucha por y entre las costumbres” está simbolizada por aquéllos que se salen de lo “normal”. En este sentido, cuando los sujetos transfronterizos, específicamente las mujeres, empiezan a modificar sus comportamientos sociales a partir de los mecanismos de producción y explotación propios de la globalización, es entonces cuando podemos hablar de subculturas como la de la maquila y del reciclaje. (AHUJA: 2004, 31-32).

Unidos, como sucedió de 1919 a 1933 cuando el gobierno estadounidense implementó la “Ley Volstead”, mejor conocida como “ley seca”, que prohibía “la producción y venta de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos, lo que provocó un traslado masivo hacia la frontera en busca de servicios e industrias vinculados con este consumo” (QUINONES: 2002, 167). Esta situación ha estimulado el crecimiento exponencial de la industria de servicios en los estados del norte de México, principalmente en ciudades como Matamoros, Tijuana y Juárez. Ciudades que además de ser zonas industriales, también cobijan una gran cantidad de bares y prostíbulos que abren sus puertas a los adolescentes estadounidenses que, por su edad, no pueden ingerir bebidas alcohólicas en su país, entre otros productos o servicios prohibidos en Estados Unidos.

Por su parte, la subcultura del ensamble surge como consecuencia del auge de la industria maquiladora en las ciudades fronterizas más importantes: Juárez, Matamoros y Tijuana. El establecimiento de dicha industria ha sido paulatino, según menciona María Eugenia de la O, y se puede dividir en tres etapas: la primera, de “Feminización del mercado laboral” provocado por la inserción de la mujeres a la industria maquiladora como parte de proceso de internacionalización de la economía entre los años sesenta a los ochenta. La segunda, de “Desfeminización” del mercado debido a la reorganización de los procesos productivos en las transnacionales; así como a los cambios en la economía nacional durante la década de los ochentas que afectaron el empleo de los hombres; por lo que en las maquiladoras se contrataba indistintamente trabajadores de ambos sexos. Y, por último, la de “refeminización de la maquila” a partir de los noventa, “especialmente en los espacios maquiladores nuevos del centro y sur del país” (QUINTERO: 2007, 196).

Tomando en consideración estas etapas puedo concluir que la cultura de la maquila tiene dos aristas positivas: La primera de ellas consiste en que al convertirse la mujer en un sujeto económicamente activo, los roles sociales conservadores y tradicionales empiezan a cambiar: la mujer tiene más libertades económicas, responsabilidades profesionales, no sólo familiares, e incluso otras formas de establecer relaciones personales y de pareja. La segunda fundamenta el desarrollo en la región de la manufactura mexicana, sobre todo en las últimas tres décadas donde se compara el desempeño económico de las diferentes regiones de

la República Mexicana (DE LEON, 2008).

Las variables que se considera para realizar este análisis son, por un lado, el tiempo (de 1970 a 2004); por el otro, el empleo y/o el valor agregado, que podemos observar aquí cómo ha aumentado el valor agregado en la Frontera Norte en las últimas décadas. La importancia de resaltar estas cifras radica, nuevamente, en mostrar el desarrollo y la influencia que tienen las ciudades fronterizas, especialmente Tijuana, Juárez y Matamoros, en el desarrollo de la región; así como la necesidad de establecer relaciones interculturales entre comunidades fronterizas avaladas y respaldadas por proyectos nacionales de crecimiento que permitan no sólo el desarrollo económico, sino también un estado de derecho que vele por las garantías individuales, principalmente de los sujetos más vulnerables como son las mujeres y los niños, quienes, como se ha visto, son los más explotados, violentados e, incluso, asesinados.

Es evidente que hasta ahora, tanto la subcultura del reciclaje, como la subcultura de la maquila, sólo han exponenciado la explotación femenina a lo largo de la frontera norte de México. Sin embargo, a pesar de dicha situación, las mujeres empiezan a establecer redes de convivencia y de interacción social que les permitirán conformarse como un grupo ciudadano diferenciado del resto de los actores sociales, en lugar de conformar redes de resistencia, gracias a la participación socioeconómica en la implementación de los procesos productivos de la zona.⁹

Otro factor que es importante resaltar, porque empieza a dar visos de que puede llegar a convertirse en un inhibidor del crecimiento en la región fronteriza, y evidentemente en el resto del país, es la poca o nula inversión en innovación, desarrollo y tecnología que afecta tanto a las plantas manufactureras como a las empleadas, quienes sólo cumplen con ciertos requisitos y habilidades manuales, pero que al enfrentarse a cambios tecnológicos son relegadas con bastante facilidad.

⁹ Muchas de estas redes de convivencia las han impulsado y monitoreado, ya sea de forma directa o indirecta, varios/as teóricos/as fronterizos/as, como Socorro Tabuena, Cirila Quintero, José Manuel Valenzuela, entre otros, quienes desde su trinchera denuncian la situación en la que se encuentran los migrantes, la mujeres, los niños, la población en general, con la intención de informar y difundir las diferentes prácticas que se suscitan en los estados fronterizos. Asimismo, varios/as de los/las artistas que habitan la frontera hacen lo propio desde la pintura, el performance, la música o la literatura, como Luis Humberto Crosthwaite (Tijuana), Amaranta Caballero (Tijuana), Heriberto Yépez (Tijuana), Selfa Chew (El Paso) o Rosario Sanmiguel (Ciudad Juárez).

En ambos casos, la explotación de la mujer y la falta de capacitación de las obreras, está en juego el desarrollo de la frontera, no sólo a nivel económico sino también cultural, pues al carecer de las instituciones, políticas públicas y promotores que velen por el bienestar y desarrollo de los sujetos fronterizos, es imposible plantear un modelo de sociedad multicultural, justa y democrática. Asimismo, mientras siga prevaleciendo el poder de la economía sobre la libre determinación de las comunidades para realizar sus propios proyectos de desarrollo, también será inviable hablar de relaciones interculturales entre los sujetos que habitan la frontera México- Estados Unidos.

Es necesario re-imaginar la frontera para hablar de los propios límites y, a partir de ellos, reestructurar las nociones que han permeado la discusión contemporánea de las fronteras, cualesquiera que éstas sean. Desde esta perspectiva, es conveniente desarrollar nuevos modelos de aproximación y conceptualización en los que, por un lado, guíen las acciones y toma de decisiones de los sujetos fronterizos en beneficio de sus comunidades; y por el otro, que permita un enfoque epistemológico de la frontera en y desde sus propios procesos de conformación cultural e identitaria.

CONCLUSIONES

El análisis de la cultura y de la identidad migratoria en América Latina la hemos situado en la génesis social del Estado, en la forma de dominación cultural como proyecto nacional, a través de la consolidación y constitución de los mecanismos del monopolio como centros de poder y unidades de dominación autónomas, son ahí donde hemos encontrado, el proceso de construcción de la cultura occidental, y con ella las identidades hegemónicas, en su dinámica y desarrollo de consolidación. Pero hemos observado que en este núcleo analítico, la constitución de los sujetos se da dialécticamente a la lógica del Estado; es decir, en los mecanismos sociales del poder, en las formas de dominación que requiere la consolidación del Estado frente al Otro, frente a los dominados, en la alteridad y en la diferencia, es ahí donde se inicia el proceso de construcción de las identidades; en una diferencia subjetiva, donde el poder disciplinario, racional y central constituye la dominación y la negación de los Otros, de las culturas subalternas, dominadas y negadas. Aunque los sujetos de estas culturas subalternas mantienen viva su memoria –de

experiencias cognitivas y del legado histórico como forma de pensamiento—, con capacidades potenciales transformativas, a través de su propia historicidad, que transforma y se transforma en y frente al Estado, en un conflicto permanente de sobrevivencia; en semejante conflicto social, entre sujetos y Estado, se encuentra la dinámica de la hegemonía del poder como forma de identidad, como forma de ser. Es en este debate, en el análisis de los procesos culturales e identitarios de los migrantes que hemos analizado la constitución de la identidad de los Estados-nación y de los sujetos sociales a través de sus formas simbólicas del discurso, en las visiones del mundo, en las formas de apropiación, de los sentidos de pertenencia, etcétera, en la dinámica de apropiación y dominación cultural, en la forma de un conflicto permanente.

Sin embargo, culturalmente hablando, la migración conforma un nuevo imaginario basado en una circulación transnacional de estilos de vida, costumbres y tradiciones, que permite un mayor conocimiento de sí mismo a través del Otro: el migrante se refleja en el Otro para construir una identidad propia que difiere de la establecida. En este juego de espejos, muchas de estas identidades (contemporáneas, cosmopolitas y fronterizas) son “globalizantes” o neoliberales porque se construyen con base en la cultura del consumo que promueve la globalización de las economías y el libre tránsito de productos reciclables.

Hablar de identidades nos remite obligatoriamente a hablar de alteridades en las comunidades fronterizas; sin embargo, la alteridad no es sinónimo de diferencia, más bien implica verse a través de la mirada del Otro para entender y conciliar las diferencias existentes entre las identidades, expresadas en ámbitos diversos que pueden ser compatibles o incompatibles. En el caso de los mexicanos que migran a Estados Unidos, las compatibilidades se han establecido gracias a una funcionalidad social y en relación con un desarrollo personal —obtener un trabajo bien remunerado, mejores condiciones laborales, mejor calidad de vida, entre otros—, donde la alteridad limita su margen de acción, mas no su constitución como grupo minoritario.

BIBLIOGRAFÍA

ARRIOLA, Magali. Replicante, IN: Yard, Sally (edit.). Actas del encuentro Insitem 5:

Conversations / Conversaciones (San Diego 6 y 7 de noviembre de 2003). San Diego: Fundación Bancomer, 2004.

CASILLAS HERREA, Pablo (2009), Del liberalismo al neoliberalismo. La transformación de las subjetividades de los sujetos. Ed. Insumisos Latinoamericanos, 2009, Buenos Aires, Argentina

CRUZ, Teddy (2004) Viajes de ida y vuelta: Crónicas desde el límite. IN: Yard, Sally (edit.). Actas del encuentro Insite 05: Conversations / Conversaciones (San Diego 6 y 7 de noviembre de 2003). San Diego: Fundación Bancomer.

DAVIS, Victor (2003). Mexifornia. A State of Becoming. California: Encounter Books.

DE LEÓN, Adrián (2008). Cambio regional del empleo y productividad manufacturera en México. El caso de la frontera norte y las grandes ciudades: 1970-2004, Frontera Norte, Vol. 20, N° 40, julio-diciembre.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (2000), “La globalización imaginada”, PAIDÓS, México.

HABERMAS, Jürgen (1990), “Teoría de la acción comunicativa”, Taurus, Barcelona.

HARDT, Michel y Antonio Negri (2002), “Imperio”, PAIDÓS, México.

HORKHEIMER, Max / Theodor Adorno (1996), “Dialéctica del Iluminismo”, Taurus, España.

HOLLINGER, David (1995), Postethnic America: Beyond Multiculturalism. New York: Basic Books.

KYMLICKA, Will (2006). Fronteras territoriales. Madrid: Trota.

LUGONES, María (1999). Pureza, impureza y separación. IN: TORRAS, Meri (edit.). Feminismos Literarios. Madrid: Arco Libros.

OJEDA, Norma (1999). Reflexiones acerca de las familias transfronterizas y las familias transnacionales entre México y Estados Unidos. Frontera Norte, Vol. 21, N°

42, Antíteses, vol. 3, n. 5, jan.-jun. de 2010, pp. 125-143, julio-diciembre.

QUINONES, Sam (2002). Historias verdaderas del otro México. Crónicas insólitas sobre narcosantos y el cantante fronterizo Chalinosánchez, mojados y paleteros de Michoacán, sectas, basquetbolistas oaxaqueños y linchamientos, muertas en Juárez... México: Planeta.

QUINTERO RAMÍREZ, Cirila (2007). Trabajo femenino en las maquiladoras: ¿explotación o liberación? IN: TABUENCA, Socorro (edit.). Bordenado la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México. México: El Colegio de la Frontera Norte / Porrúa.

_____ y de la O MARTÍNEZ, Ma. Eugenia (2003). Historia y cultura de los trabajadores en la frontera México-Estados Unidos. IN: VALENZUELA, José Manuel (edit.), Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos. México: FCE.

RODRÍGUEZ, Roxana (2008). Alegoría de la frontera México-Estados Unidos. Análisis comparativo de dos escrituras colindantes. Tesis de doctorado. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona. Disponible en: <<http://roxanarodriguezortiz.wordpress.com/>>.

SENGPUTA, Shuddhabrata (2004). Nada que declarar. IN: YARD, Sally (edit.). Actas del encuentro Insite_05: Conversations / Conversaciones (San Diego 6 y 7 de noviembre de 2003). San Diego: Fundación Bancomer.

VALENZUELA, José Manuel (2004). Paso del Nortec. This is Tijuana. México: Trilce Ediciones / Conaculta / Cecut / El Colegio de la Frontera Norte / UNAM.

_____ (2003). La construcción sociocultural de los espacios públicos. IN: YARD, Sally (edit.). Actas del encuentro Insite_05: Conversations / Conversaciones (San Diego 6 y 7 de noviembre de 2003). San Diego: Fundación Bancomer, 2004.

_____ (1998). El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo. México: El

Colegio de la Frontera Norte / Plaza y Valdés / Universidad Iberoamericana.

_____(2003), (coord.). Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos. México: FCE, 2003.